

Los Tres Evadidos de la Realidad



Los tres personajes de la infancia, a quienes seguimos adentrando los que prolongamos aquella en la infinidad de los sueños; los que creemos que todo, fábula o evidencia, es realidad; los que sabemos dar vuelta a la baraja de lo cierto y lo posible, de lo sublime y lo grotesco; los que conocemos las siete posturas de la luna: son el tony, el ventrílocuo y Carlitos, que habitan en los dos lazos de la estrella, porque sólo son absolutamente desgraciados los que no tienen cuando es la sonrisa y cuando es el sollozo.

Acaso ya en las historias de cómics, antes aún de Scarrón, el tony tenía su corbata azul de pluma blanca, o Ulises de pluma roja, su che cascado o su botina de vodka, su grueso palo y sus largos zapatoneros. Y tenía también la edad del mundo, ya que cuando hizo Dios al primer hombre, éste se llevó algo por delante. La tierra le quedaba grande, y no hizo el ridículo a falta de espectadores. Los espectadores vinieron después, y el que recibe las bofetadas apareció en la sálida luna de cartulina desde el rincón en donde aguardan, recordando, como de caballos, los caballos ágiles, los heroicos blandos de los circo.

Si todos los hombres del mundo, los que ya han muerto y los que viven todavía, los de todas las épocas y los de todo mañana, volvieran de pronto a la infancia, se la decir, si el mundo fuera sólo un gran prodigio de niños, ¿quién sería el rey? ¿A quién buscarían afanosamente por todos los rincones de la tierra? ¿Al hombre que achicara para ellos el Empire Star y la Torre Eiffel? ¿Al que trajera hasta las playas, al Brooklyn y al Monte Blanco en miniatura? No, buscarían al tony, para reír con él. Los niños saben elegir. Tienen a Dios en los ojos y no se equivocan nunca. Viven en el reino del desconformismo y buscan la deformación de la realidad, porque, al nacer, no están de acuerdo con sus cuatro elementos, ni con sus cuatro dimensiones, ni con sus cinco sentidos. Y hay un sexto sentido que sólo poseemos siendo niños y que apenas conservamos unos pocos a lo largo de los años: el instinto. Por el que sabemos que muchos seres y cosas que se nos aparecen a nuestro lado, no existen en realidad. Por el que sabemos que muchos seres y cosas, ya desparecidos, están presentes en el plano que sólo los niños conocen y están, en donde se encuentran los desaholladores, los pequeños objetos que desaparecen de las cosas, las cosas sin dirección, los fragmentos descompuestos, los capullos sin larvas y las esquivas ventrílocuas en las que, de vez en cuando, acechan los circo sin rumbo, los circo llenos de tony. Allí donde está Blandirao, el capulito de madera que Lord Dunsany, los niños y nosotros sabemos ver en los baldíos, otro pequeño mundo de nosotros.

Nacer con algún don, es lo único verdaderamente misterioso. Hay gente que lo posee todo y a la que, sin embargo, le falta algo, le falta el don. Es heroico eso de hacerse. Pero lo que se hace, se hace, y cualquiera puede hacerse, por intrepidez, rico por desgracia, criminal por inclinación, carpintero o joyero. Pero hay que nacer, pintar, poeta o ventrílocuo. Nacer con el don. Eso, sutil y misterioso de los nacimientos. El ventrílocuo nace con el don, posee dos voces. Puede decirse que hay en él un millo fracasado. Que está condenado a llevar toda su vida alguna cosa muerta, a alguien que ha muerto al nacer



Al, y que sólo habla. ¿Quién hace el "doble" en la voz de los ventrílocuos? Ya sabemos que la ciencia daría una contestación terminante. Pero la fantasía, que no conoce, como la ciencia, fronteras, idealizará siempre el don del

ventrílocuo. Y los niños lo admirarán en los circo de barrio y en los barracones de la feria, donde suele llevar a Don Pánfilo y a Doña Brigida, muñecos de trapo y aserrín, a quienes ha dado alma dándoles voz. El ventrílocuo

que anima a los muñecos es un pequeño Dios trashumante, que, de entrar de noche a una juguetería, despertaría todos los cuartos, copiaría las farsas trágicas del mundo, y, dando alma, daría tristeza, a las únicas cosas no tristes del mundo: los juguetes. Una vez un ventrílocuo hizo hablar a las sotas de la baraja; ¡Otra vez saltó a un rey de ajedrez a punto de ser muerto por la reina! El ventrílocuo vive en las tratandas, o se queda dormido en las reposterías de los teatros, como un pterid de bombalinas; estrando las largas piernas entre otros tantos muñecos estrados, sus hijos, su voz, su otra voz. Y cuando el ventrílocuo abandona sus muñecos, desparatados en todas las posturas, en su camerino, ¿qué solos se quedan los muñecos? Colgados como sueños muertos, ¿no pueden moverse, ni ver, ni hablar. Y eso es lo dramático de la ventrílocuía. Y aquel ventrílocuo que se enamoró de la marioneta? Era una hermosa muñeca Lenzi. El infeliz se hacía a sí mismo el amor, se hablaba dulcemente con su otra voz, hasta que en el incendio del teatro, no pudo llegar a tiempo para salvarla.

—¿Hay una mujer mentiro? — gritaba.
Y, en realidad, el tenía dentro. Pero su voz, sólo decir, la voz de la marioneta, no volvió a oírse jamás. Esto sucedió en los tiempos de la reina Victoria, cuando los mendigos de Pechum incendiaron una mansión en Londres.

Un mucho de él, un poco de nosotros, lo cierto es que Carlitos Chaplin es el artista más humano de nuestro tiempo. Es él y su caricatura. Lo que nos ha sucedido, lo que nos puede suceder, lo que nos debía suceder, ya lo sabemos. Ni agresivo ni grosero, ni melodramático, ni festivo, Carlitos es real hasta en la cosa hipotética de "La Quimera del Oro", cuya Damsa de las Pines no tiene, sin el equivalente. El bello se casi siempre tanto, como el feo casi siempre inteligente. El pobre, casi siempre bueno, como el rico, casi siempre egoísta. Nunca se es completamente feliz. Siempre nos suele traicionar un gesto, una mirada lamentable, un redoblar cualquiera. Contra la solemnidad y contra la crueldad. Con tan escasos elementos trabaja el más grande artista del mundo. Pero siempre con un telón de fondo, que es el camino. El camino que va a cualquier parte. Y que nos salva. El camino que continúa como la vida y la muerte.

Acaso el hombrecito de la "Chaplin's Troupe", que heredó los apellidos del caballero no de ninguna importancia a su arte. Acaso el sabe que sólo prolonga en la tela el transcurrir cotidiano, pobre relato en el misterio de la vida y la muerte. Y lo terrible del desencuentro, como aquellos dos desgraciados que están de pronto separados por la infinidad de una puerta de Montipio. ¿Pero Carlitos en Buenos Aires haciendo en un teatro de variedad la pantomima del Tíngel-Tíngel? ¿Pero está aquí con nosotros, está en nosotros? Está, como nosotros dentro del Tíngel-Tíngel, esta universal pantomima que contagia a todos el irreparable baile, en el tobogán de un destino irreparable. Carlitos sabe que la civilización ha complicado y enristrada la vida del hombre. Los precios, las fronteras, las costumbres, el huir a la libertad, las prohibiciones y las condenas. Carlitos sabe que hay un "policeman" que es nuestro enemigo, un patrón que es nuestro enemigo y un comerciante que es nuestro enemigo. Carlitos es un subterfugio, el huir a la libertad, que quería conocerlo personalmente.

o-
 ón
 im-
 va,
 za-
 co-
 Y
 a
 ra-
 de
 ado
 re-
 un
 isto
 fsi-
 so-
 hu-
 tros
 tras
 on-
 on-
 rto
 eso-
 de
 'La
 en
 que
 ales
 des
 al

que
omo
nta-
he
sin
que
obre
los
llas.
pea-
lo-
tivo

de
r al
nto;
ne
ale-
mi
quis-
ban



a ar-
los
me
gra-
decir,
edición
ción
e vi-
e su-
nsar-
a re-
ente-
espe-
dicen
robar
apre-
e us-
arme,
o ex-
se en
con
a du-
ermi-

sted
olivi-
con-
na-
racio-
rrible
onor
e me
anda-
si de
culo
Pe-
y al
a ley
"no
a ex-
ancias
drán
sasta
co-
a mi
a de-
cier-
achos

auza
bal

Улан-Удэ.

A. H.

antigua legisla-
ción. Se corrige el

su mano derecha; para las injurias se admite la ley del talión.

TICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, 5.

... sus métodos inhumanos de
tigo. Recordaremos tan só-
llamada "canga", que con-

penosísima.

A. H.

Ilustraciones de Rechain



su mano derecha; para las injurias se admite la ley del talión.

TICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, 5.

... sus métodos inhumanos de
tigo. Recordaremos tan só-
llamada "canga", que con-

penosísima.

A. H.

